



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 12 DE JULIO DE 2020

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Cambios de viento

POTRANQUITA DE MIS AMORES
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Los vecinos estaban nuevamente brincando sobre mi techo. La Potranquita era quien vivía ahí, desde hacía seis meses; se había conseguido un novio hacía tres y de vez en cuando lo invitaba a pasar unos días. Ella era delgada, sin llegar a ser un palo; morena como terrón de azúcar moscabado y, hasta cierto punto, bastante atractiva. El novio, pasado de peso como mango ataúlfo, se veía bonachón.

La idea de hacer ejercicio a las diez de la noche, en su departamento, había sido de ella, para que él pudiera ponerse en forma. "A mí se me hace que el novio no cansa lo suficiente a la Potranquita", me dijo el Doc un día: "deberías darle una ayudita".

Mis conflictos con sus costumbres habían comenzado semanas atrás, luego de mi operación en el hospital. Necesitaba descanso y la Potranquita no ayudaba. Llegaba a las once de la noche zapateando con sus tacones, como caballo desbocado con espuelas, yendo de un cuarto a otro. Me despertaba de mi sueño tan necesitado.

Calculé que se levantaba a las seis de la mañana, antes de la luz del día, y parecía que su primer acto era ponerse los tacones para caminar por todo su departamento. Casi no dormía, y yo requería de diez a doce horas de sueño continuo para recuperarme. Más adelante descubrí que la Potranquita dormía siestas.

Ya enfadado con lo sucedido, creí encontrarlos en el elevador. No estaba seguro de que fueran ellos: no los conocía, pero oprimieron el botón del piso trece. "Buenas noches", les dije. "Buenas noches", respondió ella. "¿Vienen con los nacos del 701?", pregunté en voz alta. No soltaron carcajada; se quedaron callados y quietos. En el piso doce descendí.

A los pocos días comenzó su guerra. Descubrí que la Potranquita no se levantaba a las seis de la mañana, sino a las cuatro treinta. Y a esa hora, lo primero que hizo al sentarse sobre la cama, fue soltar una canica de acero sobre el piso. El coraje no me permitía volver a dormir y su tormento continuó durante semanas, hasta que lo comenté con el médico. "Debe hablar con ellos, porque con su neurosis, le pueden provocar una reacción, de tal magnitud, que todos podrían arrepentirse: usted y ellos".

Por eso, la noche aquella en que me encontraba escuchando el Concierto para Oboe de Alessandro Marcello, inmerso en sus ritmos de asalto y melodías conquistadoras, observando la ciudad apagarse desde la ventana y reclinado con un whiskey en mi sillón individual, pensé que era momento de subir a tocarles, luego de escuchar sus saltos sobre mi techo.

Fue ella quien abrió la puerta, vistien-



do ropa deportiva y un susto en el rostro: parecía máscara olmeca antes de un sacrificio humano. "Vecina, ya no encuentro cómo pedirte, pero sus saltos se escuchan muy fuerte allá abajo... ¿podrían hacer menos ruido?", dije suplicándole. "De acuerdo", respondió con una voz dulce y, lentamente, cerró su puerta. El ruido se detuvo esa noche y volvieron las zapateadas de las seis de la mañana, dejando de sonar la canica de acero de las cuatro treinta de la madrugada.

Al poco tiempo volví a encontrarla en el elevador. Me miró y se soltó llorando. Pregunté si podía ayudarla en algo: "La música", me dijo, "necesito que ponga su música a un volumen alto, para escucharla. La de las noches". "Con gusto", le respondí. "Déjala sonar hasta en la mañana". Se abrió la puerta del elevador y descendí.

Así hice durante dos semanas, con puntualidad militar: Toqué el Concierto para Oboe de Alessandro Marcello cada noche, una y otra vez, aunque yo no pudiera conciliar el sueño. Al final, tocó a mi puerta: traía un panqué de plátano para regalar, hecho a base de harina de quinoa: dietético. Lo acepté con una sonrisa y la invité a pasar; pero ella se disculpó.

Yo seguí tocando a Marcello cada noche. Hasta que una tarde volvió con una tarta de manzana en la mano. Otra vez: dietética. "¿Sabes que hoy es mi cumpleaños?", le pregunté. Y no lo era, por supuesto, pero ella entró al departamento. Platicamos durante horas. Las lágrimas y las risas brotaron de nuestra interminable fuente: la conversación explorando historias pasadas y presentes. Comenzamos a conocernos.

Su novio la había dejado por un hombre, jefe de él en el trabajo: No se trataba de un simple mesero, sino de un tipo

estudiado en la rama de la cocina. La nueva pareja se fue a Dubai porque le habían ofrecido a aquel, trabajo en un hotel de lujo. El exnovio de la Potranquita se encargaría de las tareas domésticas.

Ella, por su parte, resultó ser: no un caballo de fuerza en la cama, sino el equivalente a siete. Y cada noche, el Concierto para Oboe de Alessandro Marcello, por alguna razón que desconozco y por la que no he preguntado, sirve como llamado militar a nuestra carrera desbocada de caballos, en la cama.

Y cuando estamos en ello, timbran a mi puerta... es el vecino del piso de abajo: vino a pedirme que no hagamos tanto ruido por las noches, porque no lo dejamos dormir cuando la cama se mueve de un lado a otro, golpeando su techo y mi pared...

ÁRBOLES Y SOMBRAS

OLGA DE LEÓN GONZÁLEZ

Paco, viendo un bonsái sobre una mesita del consultorio mientras espera ser atendido, recordó su niñez y sus juegos con los primos, amiguitos y amiguitas.

Encerrados en sus casas, trataban de alegrar sus ratos de ocio, en tiempos de la pandemia, esa que duró tantos años. Y tú, ¿qué quieres ser, qué animal escoges para este juego: oso, tigre o venado?

Ninguno. ¡Yo quiero jugar a que soy una niña!, exclamo, Clarita.

¡Ay!, pues eso ya se sabe. Siempre serás niña; bueno, hasta que crezcas y te vuelvas señora, mamá y luego una vieja gruñona y gorda.

No. Qué feo eres. Mejor no juego contigo, no respetas a las niñas. Las risas de los varones brotaron cual manantial en verano. Paquito se destornillaba de risa y su cuerpo pareciera que fuera a romperse

como muñeco de trapo o madera. La amiga de Clarita contestó:

Acaso, ¿sus mamás están gordas o son viejas gruñonas y feas? ¡Ajá!, ya sé, eso ha de ser lo que dicen sus papás sobre las mujeres...

Hubo un silencio prolongado. Los puños y labios de Paquito se apretaron; y pronto se arrepintió de lo dicho. Entendió que su broma no había sido recibida como tal, al menos, no por las niñas.

De acuerdo, discúlpame Clarita. Y tú también Loli. Pero, a esta última se refirió de mala gana y porque sabía que se vería mal de no hacerlo. Paquito tenía cierto celo de Loli, pues era su contrincante en las notas escolares y en los juegos. Era una niña muy inteligente y eso a él le causaba un problema.

El asunto no había surgido en la mente de Paquito por efecto de generación espontánea. Era la consecuencia de un padre que siempre estaba hablando mal de las mujeres. ¡Pobre de Paquito! Habrían de pasar varios años y sufrir experiencias ingratas con sus novias, para que él entendiera lo torcido de su concepción sobre la valía y capacidad, que el género femenino debía merecerle.

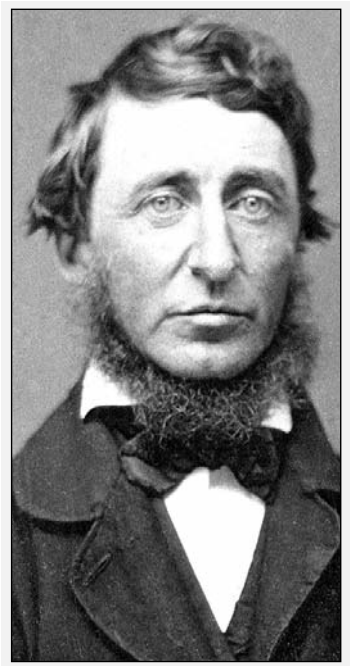
Por eso, ahora, viendo el bonsái mientras esperaba su terapia, la conciencia lo remontó a la infancia, y recordó aquel día en el que Clarita quería jugar solo a ser una niña, y no un animal cualquiera. El tiempo y la vida serían para Paco, especialmente, un maravilloso tapete en donde tejer y destejer, descubriendo así los propios caminos y las mejores horas recorridas.

Por eso también recordó aquel día de la infancia, cuando Loli continuó diciendo, entusiasmada, ¡mejor juguemos a los árboles y las sombras! Qué es eso, preguntaron casi al unísono los cuatro niños. Escribamos en cinco papeletas las palabras: sombra en dos de ellos, y árboles, en tres. Los doblamos para que nadie vea lo que cada uno dice y los ponemos en un vaso; luego, cada quien tomará uno. Y después qué, preguntó uno de los niños -que suelen ser los más desesperados-.

A quien le toque ser sombra, que diga en silencio con movimientos y gestos a qué árbol corresponde su sombra. Los demás iremos adivinando, por las formas que adopten los que son árboles, cuál es la sombra que mejor se representó. O, que las sombras dibujen en el piso la forma del árbol que las representa.

Así pasaron la tarde, jugando.

Desde entonces, una semilla quedó sembrada en Paquito, la que germinaría años más tarde. Y esa mañana, cuando entró a la consulta, supo que no era fácil conciliar diferencias; pero tampoco imposible. Todo es un asunto de reaprender... Sonrió feliz consigo... y con el mundo.



Henry David Thoreau

(Concord, Estados Unidos, 1817 - id., 1862) Escritor y ensayista estadounidense.

Nacido en el seno de una familia modesta, se graduó en Harvard en 1837 y volvió a Concord, donde inició una profunda amistad con el escritor Ralph Waldo Emerson y entró en contacto con otros pensadores trascendentalistas.

En 1845 se estableció en una pequeña cabaña que él mismo construyó cerca del pantano de Walden a fin de simplificar su vida y dedicar todo el tiempo a la escritura y la observación de la naturaleza.

En este período surgieron Una semana en los ríos Concord y Merrimack (1849), descripción de una excursión que diez años antes había realizado con su hermano, y, finalmente, Walden (1854), que tuvo una notable acogida.

En 1846, concluida su vida en el pantano, Thoreau se negó a pagar los impuestos que el gobierno le imponía como protesta contra la esclavitud en América, motivo por el cual fue encarcelado; este episodio le llevó a escribir Desobediencia civil (1849), donde establecía la doctrina de la resistencia pasiva que habría de influir más tarde en destacados activistas del siglo XX (Gandhi, Martin Luther King o Nelson Mandela, entre otros).

Cercano a los postulados del trascendentalismo, su reformismo partía del individuo antes que de la colectividad, y defendía una forma de vida que privilegiara el contacto con la naturaleza.

Javier García-Galiano

Retratos de familia

"He aquí una escalera de mármol", escribió, en "Historia del daguerrotipo enemigo", Eliseo Diego, que el pasado 2 de julio hubiera cumplido 100 años, "cuyo comienzo ni puedo descubrir porque lo esconde la bruma. Hay un niño en ella, de pie frente a una puertecilla blanca de hierro, y su gorra de marinero dice: Redoutable, en grandes letras de oro. En todo el universo no hay otro mundo que esta escalera de mármol y su niño".

Decenios después, Constante Rapi Diego dibujaría a ese niño para que habitara Soñar despierto, el libro de rigurosos juegos infantiles de Eliseo Diego. Ese niño era Eliseo Diego que "nos regaló el asombro, esa capacidad de verlo todo como si fuese por primera vez, de disfrutar del mundo como si acabase de salir de la fábrica y oliera a nuevo", como lo reveló el creador de esos dibujos: su hijo Rapi.

No fueron las únicas recreaciones gráficas de su padre que concibió Rapi, entre otras, en 1993, cuando Eliseo Diego mereció el Premio Internacional de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo, con Diego García Elío, editor de El Equilibrista, Vicente Quirarte, entonces director de la Imprenta Universitaria de la UNAM, y Hernán Lara Zavala, director de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural, también de la UNAM, a cargo en ese tiempo de Gonzalo Celorio, idearon un cartel en el que Rapi representaba a su padre como un pirata arquetípico con parche en el ojo y su pipa acostumbrada en la mano con un fragmento de Divertimentos, el libro que Eliseo Diego publicó en 1946: "Jacques el corsario, está a la proa. Un parche mugriento cubre el ojo hueco. Inmóvil

como una figura de proa sueña la adivinanza trágica de la lluvia..."

Hacia 1992 o 1993, Constante Rapi Diego ensayó algunos meses la pintura al óleo en casa del hospitalario Vicente Gandía en Cuernavaca. Entre otros, hay un cuadro que quedó inconcluso: el retrato de un niño al que le falta una rosa en la mano que Rapi no pintó, entre jardines y una casa al fondo. Ese niño es Eliseo Diego en Villa Berta, que creó su padre, Constante de Diego y González, en Arroyo Naranjo, cerca de La Habana.

En El reino del abuelo, un bello volumen rojo editado por El Equilibrista en 1993, Josefina de Diego, nieta, como puede inferirse del título, del padre de Eliseo Diego, ha evocado con certeza literaria esa villa en la que su abuela Berta "rezaba y hablaba dormida en inglés, idioma que había aprendido antes que el español. Adoraba a Dickens y recitaba de memoria Alice in Wonderland", en la que los domingos se reunía la familia Diego Vítier García Marruz, en la que Josefina de Diego, Fefé, no agotaba con sus hermanos Lichi y Rapi los descubrimientos en la casa, el jardín, el pueblo, donde su papá Eliseo Diego "trabajaba en el estudio hasta muy tarde. El sonido de su maquina de escribir se escuchaba durante horas, mezclando con el canto de los grillos y las lechuzas; era un sonido más de la noche. Pero no siempre escribía. Uno de sus entretenimientos favoritos era dibujar, con un pincel fino, los uniformes de los soldados de plomo de su colección única: los ejércitos ingleses de la Primera Guerra Mundial, los ejércitos prusianos y de los zares rusos. Fabricaba campos de batallas tomados de mapas reales y los completaba con montañas, ríos, puentes, túneles hechos con cartón, alambres, vidrios rotos, papel.



También reproducía todos los momentos del Nacimiento, en una obra de ingeniería mayor".

En Arroyo Naranjo también ocurre En las oscuras manos del olvido, el primer libro que Eliseo Diego publicó en 1942. Uno de los 300 ejemplares fue leído por José Lezama Lima que adivinó en él a un escritor prodigioso. En "Historia del daguerrotipo enemigo", uno de los textos que conforman ese libro, Eliseo Diego ve a Eliseo Diego "que se ha vuelto de frente a su sueño y lo mira con sus ojos abiertos".

Su hijo Eliseo Alberto, Lichi, acostumbra a inscribir epígrafes escritos por su padre en sus textos. El título de su novela La eternidad por fin comienza un lunes procede de uno de sus poemas. Las palabras que el escritor de En las oscuras manos del olvido le dice al retrato del niño con la gorra de marinero: "Miradme, observad a Eliseo Diego, atento al oído, la mirada atenta, en vela por un niño de seis años. Yo soy el que habla, ya lo he dicho, el que escribe, el que es escrito", se convirtió en uno de los epígrafes de La novela de mi padre, un libro póstumo de Lichi, cuyo origen es

una novela inconclusa que su papá emprendió hacia 1944, Noticias de domingo, que su hermana Fefé halló al fondo de la gaveta del fondo en su casa del Vedado, en La Habana.

Lichi convirtió ese hallazgo en una historia familiar hecha de muchas de las historias que platicaba en la cocina de sus sucesivas casas en el Vedado y en lo que se llamaba Distrito Federal, la última en la calle Tejocotes, cerca del Parque Hundido, cuyo centro parece Eliseo Diego, pero también puede encontrarse en sus hijos, sus padres, sus amigos, su mujer, Bella Esther García Marruz, que habitan y animan asimismo la poesía de Eliseo Diego, como Arroyo Naranjo, adonde se llega por la Calzada de Jesús del Monte, nombre de su primer libro de poemas, donde no puede faltar Tobi, el perro fiel que inexorablemente no deja de asomarse en las páginas del libro de Fefé y al que Eliseo Diego le dedica "Elegía", uno de los poemas de Soñar despierto:

¡Buen amigo, camarada!
Se me murió un mediodía.
Sin embargo, ¿no es extraño?
me acompaña todavía.

ad pédem literae

"El secreto de una buena vejez no es otra cosa que un pacto honrado con la soledad."

Gabriel García Márquez

Letras de buen humor

"A los viejos les gusta dar buenos consejos, para consolarse de no poder dar malos ejemplos"

Francois de La Rochefoucauld